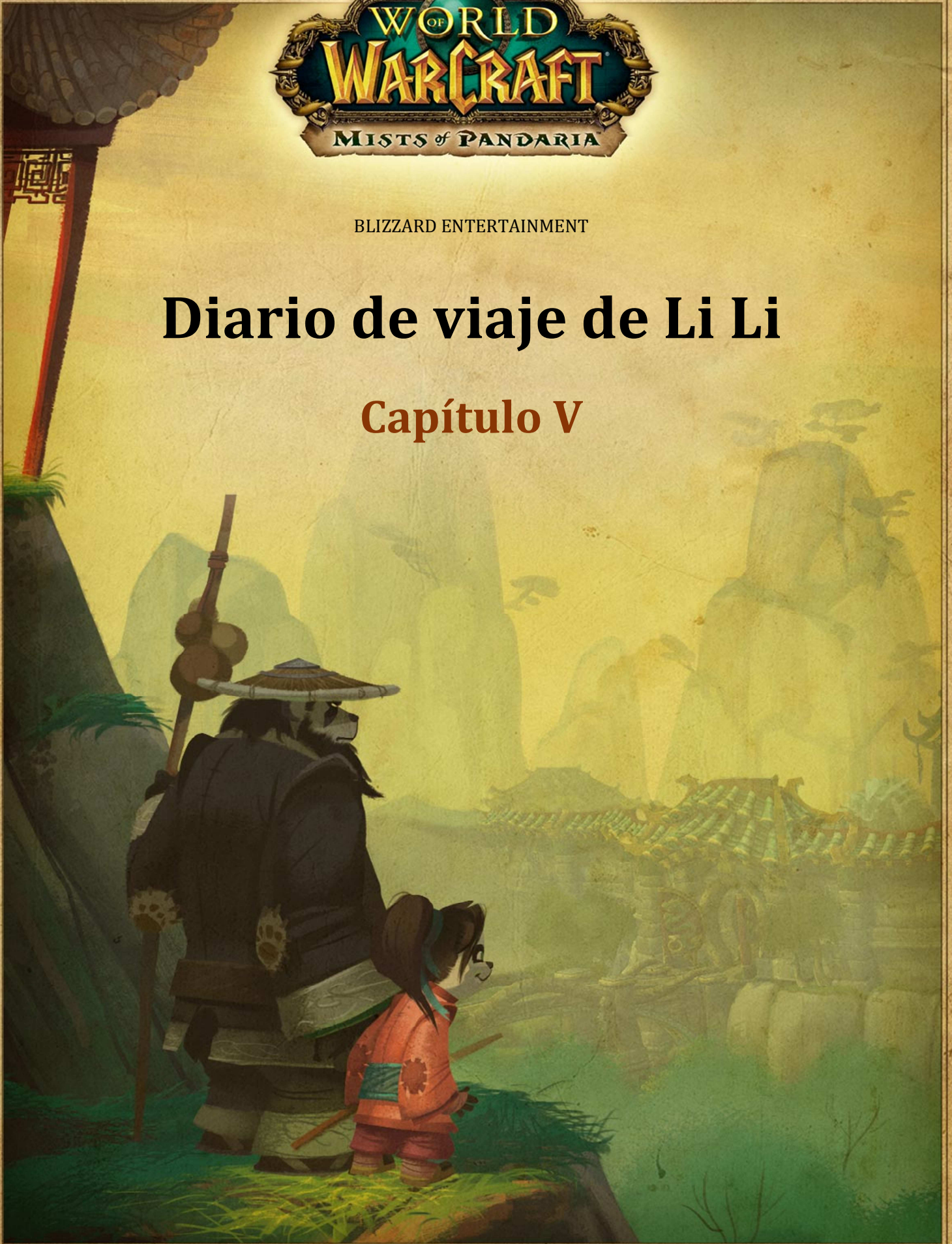


BLIZZARD ENTERTAINMENT

Diario de viaje de Li Li

Capítulo V



Quinto capítulo: El Bosque de Jade

Han sucedido muchas cosas desde la última vez que escribí en este diario. Para empezar, el tío Chen por fin volvió a su hogar en La Isla Errante. Algo después, nos aventuramos hasta los confines occidentales del mundo, en busca del legendario continente de Pandaria. Casi todo el mundo en la Gran Tortuga creía que había sido destruido hace ya mucho tiempo, a causa de guerras o enfermedades.

Pues bien... *se equivocaban*.

Tras hacer frente a piratas, sobrevivir a una violenta tormenta en medio del mar y sobreponernos a todo tipo de peligros, el tío Chen y yo conseguimos lo imposible: ¡encontrar Pandaria, el hogar perdido de nuestros ancestros!

Pero llegar allí no fue tal y como lo planeamos. Nuestra guía para el viaje fue la Perla de Pandaria, un místico artefacto que me proporcionó visiones sobre cómo ubicar el continente. Ojalá esa perla estúpida nos hubiese avisado de los peligros que nos aguardaban en el viaje.

Sea como sea, lo importante es que llegamos a Pandaria de una sola pieza. Aterrizamos cerca de El Bosque de Jade, una región que se extendía a través de la costa este del continente. La verde vegetación se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista, con densas extensiones de bambú llenas de extrañas plantas y criaturas.

El tío Chen y yo no teníamos ningún mapa, pero eso no suponía un problema. Tras examinar nuestros alrededores, tomamos una dirección al azar y comenzamos nuestro viaje tal y como haría cualquier seguidor de la filosofía del viajero: paso a paso.

No pasó mucho tiempo hasta que la población autóctona salió a nuestro encuentro. Docenas de malvados hombres-lagarto (llamados saurok, como más tarde aprendí) salieron de repente del interior del bosque. Olían como a trozos de cuero viejo empapados en cerveza podrida y puestos a macerar en un barril de pasta de pescado fermentada de la abuela Mei. Y eso es lo mejor que se puede decir de ellos.

Nos ocupamos con rapidez de los cara-cuero (bueno, puede que Chen fuese el que se ocupase de ellos principalmente). El único que nos dio algo de problemas fue su líder, un enorme saurok repleto de cicatrices, pinturas de guerra y más cicatrices. Pero al rato también huía por el bosque, llorando como un bebé.

Encontramos el sucio campamento de los saurok cerca de allí. Estaba lleno de lo que parecía una especie de botín: carros con cereales, verduras y grandes trozos de jade puro. Mientras estábamos echando un vistazo a todos esos objetos, un grupo de pandaren salió sigilosamente de entre la vegetación. ¡Cuando vieron que los saurok se habían ido, se inclinaron y nos alabaron como si fuésemos héroes! Parece ser que los cara-cuero habían sembrado el pánico en la zona, y todos los intentos de acabar con ellos habían fracasado.

Nuestros nuevos fans se quedaron anonadados cuando el tío Chen les dijo que veníamos de La Isla Errante. La gente de Pandaria no había visto a la Gran Tortuga desde hacía siglos, y la mayor parte de ellos pensaba que la isla ya no existía. Me sorprendió ver lo parecidos que son los pandaren que viven en El Bosque de Jade a los que hay en casa. Aparte de algunas diferencias menores, como la forma de vestir, no habían cambiado mucho tras varias generaciones.

Cuando se percataron de que éramos exploradores a la vieja usanza, los pandaren nos hablaron largo y tendido sobre El Bosque de Jade, sus habitantes, y su lugar más importante: el Templo del Dragón de Jade. Además de ser un monumento en honor al legendario emperador pandaren, Shaohao, el increíble templo estaba íntimamente unido al Dragón de Jade, Yu'lon, uno de los cuatro seres celestiales que protegían Pandaria.

Cuando el tío Chen y yo llegamos a los terrenos del templo, había varios trabajadores tallando una inmensa estatua de jade llamada el Corazón del Dragón. Cada cien años, Yu'lon transfiere su esencia vital a la escultura, la cual se convierte entonces en un nuevo ser. Este ciclo de creación de estatuas para que Yu'lon pueda seguir renaciendo ha existido durante varias generaciones, y esos asaltantes saurok lo ponían en peligro al robar el suministro de jade de los trabajadores.

Uno de los cuidadores del templo, el anciano sabio Lluvia-Zhu, se ofreció amablemente a enseñarnos a mí y al tío Chen los alrededores del lugar. Nos llevó al norte, a El Arboretum, un bello rincón y hogar de la Orden del Dragón Nimbo. Este aguerrido grupo tenía a sus espaldas una larga historia de doma, cría y monta de los dragones nimbo de la región, unas majestuosas bestias voladoras que pude ver en el cielo que había sobre el templo.

El anciano Lluvia-Zhu nos dijo que nos procuraría *cualquier cosa* que le pidiésemos, como muestra de agradecimiento por derrotar a los saurok y devolver el jade. Mi primer instinto fue pedirle un dragón (las crías son adorables), pero el tío Chen pensó que eso sería demasiado. Así pues, me conformé con lo siguiente en mi lista: ¡montar en un dragón nimbo!

En casa había volado en una de esas grullas gigantes, e incluso en un zepelín goblin, pero un dragón nimbo es otra cosa. Se elevó hacia el cielo a una velocidad que no había visto jamás en ningún otro artefacto o ser vivo. Desde esa altura, pude ver claramente qué había más allá de El Bosque de Jade. Al oeste: onduladas llanuras y tierras de cultivo. Al noroeste: una cadena de montañas increíblemente altas, con sus picos cubiertos de nieve. Pandaria era *inmensa*. Poseía infinidad de sitios por descubrir. ¡Estaba explorando un continente que ningún otro pandaren de La Isla Errante había visto desde hacía generaciones!

Antes de que mi tío y yo partiésemos en dirección a lo que nos quedaba por ver del bosque, decidimos entregar la Perla de Pandaria a Lluvia-Zhu. Nos había tratado como si fuésemos de la familia, y tras comprobar cómo veneraban los pandaren el templo como centro de sabiduría y comprensión, no se nos ocurría mejor sitio en el que dejar la perla. Fue duro abandonarla, pero ya me había guiado hacia Pandaria. Era el momento de que la perla guiase a alguien más hacia su destino.

Durante las siguientes semanas el tío Chen y yo caminamos... y caminamos... y caminamos. Daba la impresión de que El Bosque de Jade no se acababa nunca, y siempre había algo nuevo y emocionante a la vuelta de la esquina: aislados santuarios pandaren, antiguas ruinas cubiertas por enredaderas, y monasterios enclavados en lo alto de montañas. El único problema es que mi tío se movía a la velocidad de un caracol, deteniéndose cada pocos minutos para sentarse y "disfrutar del paisaje", según decía.

Al final, terminamos por llegar a la frontera de El Bosque de Jade. Más allá estaba el Valle de los Cuatro Vientos, las tierras de cultivo que había visto mientras montaba en el dragón nimbo. En ese momento solo quería explorar cualquier otra cosa que no fuese un bosque, pero nunca me hubiera imaginado lo que nos esperaba a ambos en la siguiente parte de nuestro viaje.

¡Pronto realizaríamos el descubrimiento que trastocaría para siempre nuestros conocimientos sobre la familia Cerveza de Trueno!
